

JULIANO, HACEDOR DE MÁRTIRES Y ARQUETIPO DE MALDAD

JULIAN, CREATOR OF MARTYRS AND ARCHETYPE OF WICKEDNESS

JESÚS SÁNCHEZ JAÉN
Universidad Complutense de Madrid
<https://orcid.org/0000-0003-3141-8496>

POTESTAS, N.º 22, enero 2023 | pp. 23-45
ISSN: 1888-9867 | e-ISSN 2340-499X | <http://dx.doi.org/10.6035/potestas.6039>
Recibido: 03/07/2021 Evaluado: 27/07/2022 Aprobado: 24/10/2022

RESUMEN: El ejemplo que podía representar la tolerancia de Juliano resultó tan peligroso que se combatió su imagen de manera expeditiva, llegando al extremo de convertirlo en la personificación del Mal. A tal fin se le atribuyeron crímenes y martirios ficticios, creando un estereotipo que perduró durante varios siglos y que ejemplificaba la aniquilación del enemigo, no solo del pagano, sino también del hereje. Juliano y sus crímenes se convirtieron en algo así como una metáfora de la derrota que Dios infringe a los rivales de la Iglesia oficial.

Palabras clave: Juliano, Gregorio de Nacianzo, magia, mártires cristianos, enemigo de la Iglesia

ABSTRACT: Emperor Julian's tolerance proved so dangerous that it was fought expeditiously, even so far as his opponents turning him and his image into Evil Personified. With this aim, fictitious crimes and martyrdoms were imputed to him, and a centuries-long stereotype was created. This stereotype represented the annihilation of the enemy, not only of the pagan, but also of the heretic. Julian and his crimes became

a sort of metaphor for the defeat that God inflict to the rivals of the official Cristian Church.

Key words: Julian, Gregory of Nazianzus, magic, Cristian martyrs, enemy of the Cristian Church

INTRODUCCIÓN

El trato que el emperador Juliano ofreció a los diferentes cultos del Imperio, aunque, sin duda, favorable a aquellos que representaban a los antiguos dioses de Roma, fue, en general, bastante igualitario. En cuanto al cristianismo en concreto, se negó a tomar partido por ninguna de las corrientes enfrentadas entre sí, restaurando en sus puestos a quienes habían sido apartados y condenados por diferencias en la ortodoxia. El objetivo de este artículo es explicar el modo en que esa actitud pudo ser la causa de que a Juliano se le atribuyesen crímenes y persecuciones de todo tipo, contribuyendo a crear, después de su muerte, un modelo del Mal que todo buen cristiano debería rechazar y odiar. A esa tarea se aplicaron, con mayor o menor empeño, muchos de los llamados padres de la Iglesia y los historiadores del primer cristianismo.

El primero fue, sin duda, Gregorio de Nacianzo. Como arzobispo de Constantinopla, puso especial empeño en dirigir varios de sus escritos contra el emperador Juliano en forma de ataques o invectivas. No ahorró calificativos despectivos ni acusaciones variadas, y una de ellas, muy grave desde su punto de vista, fue destacar que la maldad de Juliano le llevó a privar a los cristianos de la gloria del martirio. Los cristianos fueron víctimas de su gobierno y de sus leyes, los persiguió, pero siempre de una manera sutil, suave, inteligente, al modo de ver de Gregorio. En su primera Invectiva (*Or.*, IV, 79), en el año 370, le acusa de esconderse detrás de una máscara y, en un exceso de orgullo y celo religioso, clama contra él por «haber envidiado el honor del martirio a nuestros combatientes, y por esa razón se las arregla para usar la compulsión de manera que parezca no hacerlo» (*Or.*, IV. 58). Gregorio se siente agraviado por Juliano porque con sus formas gentiles y cultas (en apariencia) ha causado graves males a los cristianos, pero sin proclamar una persecución, y por tanto sin dar al Cielo nuevos mártires. Maldad doble, por ladina y por anticristiana.¹ Siendo tan graves esos males, podríamos esperar de Gregorio que hubiese hecho una relación de los mismos, e incluso que se

1. MAR MARCOS: «“He forced with gentleness” Emperor Julian’s attitude to religious coercion», *Antiquité Tardive*, 17, 2009, pp. 191-193 reflexiona sobre esa supuesta gentileza fingida.

detuviese en los detalles que la apariencia culta y cortés del emperador ha ocultado a los ojos de sus súbditos. Sin embargo, Gregorio no hace ninguna acusación concreta, no cita ningún crimen de estado o ejecución ordenada por Juliano. Se queja de que no hubo mártires, no de lo contrario. Ejerce una crítica lacerante, sin contemplaciones, como quien se dirige a un enemigo mortal, pero todo queda en desprecio por sus creencias, burla sobre su aspecto físico y oposición a sus políticas, en especial a la religiosa. Gregorio contaba con una formación helenística similar a la del emperador; de hecho, habían compartido años de escuela en Atenas, y en sus escritos emplea a fondo la retórica, la filosofía y la religión, pero nunca pierde las formas, un poco a la manera de su rival.² Sus escritos contienen abundante materia de controversia religiosa, y desde su puesto de arzobispo predica a los cristianos por medio de la crítica a los paganos y a su representante máximo, Juliano. Pero los crímenes del emperador son, desde su punto de vista, sus leyes, sus ceremonias religiosas, su falta de apoyo a las comunidades cristianas frente a lo que hace con judíos y paganos; nunca son crímenes de sangre.

¡Qué distante esa imagen de la que aparece en otras obras, algunas contemporáneas de Gregorio, muchas otras muy posteriores!

Como si las invectivas de Gregorio hubiesen sido un acicate, diversos padres de la Iglesia e historiadores del cristianismo dedicaron parte de sus trabajos a la condena de Juliano, algo muy conocido desde la Antigüedad, pero, a diferencia de Gregorio, en la mayoría de los casos incorporaron a sus ataques el relato de crímenes horrendos de los que hicieron responsable al emperador pagano. Teodoreto, Sozómeno y Juan Crisóstomo son los más relevantes. Otros autores menores e incluso desconocidos en la actualidad inventaron mártires o aprovecharon leyendas hagiográficas para crear una imagen demoníaca de Juliano que perduró durante muchos siglos.

Las acusaciones contra él forman un género en sí mismo, un tipo de ficción adornada por horrores sangrientos y personajes inventados. El tono de las descalificaciones hacia Juliano compite con la imaginación desbordada de los autores.

NOVELANDO A LOS MÁRTIRES

El texto conservado más antiguo en el que se adjudican a Juliano martirios que nunca existieron es el llamado *Romance de Juliano*, una obra en siríaco de finales del siglo IV o principios del V. El Romance parece haber sido escrito

2. LEONARDO LUGARESÍ: «Giuliano Imperatore e Gregorio di Nazianzo: contiguità culturale e contraposizione ideologica nel confronto tra ellenismo e cristianesimo», *Giuliano Imperatore, le sue idee, i suoi amici, i suoi avversari*, Atti del convegno internazionale di studi: Lecce 10-12 dicembre 1998: "Rudiae. Ricerche sul mondo classico" 10 (1998), pp. 293-334.

con la intención de denigrar al emperador apóstata y comparar su paganismo con el cristianísimo Joviano, su sucesor en el trono imperial. En el texto no se acusa a Juliano solo de un crimen, sino de varios, y es probablemente el primer documento en el que su muerte se atribuye a un enviado de Dios, un santo mártir, que le habría herido con una flecha. El mártir Marcur, uno de los Cuarenta Mártires de Sebaste, se aparece a Joviano para anunciarle que tiene la misión de ajusticiar al emperador impío. Antes de llegar a este punto, el autor del Romance hace recaer sobre los hombros de Juliano el martirio de un obispo de Roma llamado Eusebio.³ Tan falso es el hecho que ni el emperador estuvo en Roma ni en sus años de gobierno hubo un obispo de tal nombre allí. La obra está dedicada a crear una imagen infernal de Juliano, quien es descrito como un lobo que ataca al rebaño de la Cristiandad, y el calificativo más frecuente que se le otorga es el de «perverso».⁴ El autor del Romance realiza un alarde de imaginación literaria, pues construye una historia muy completa sobre el martirio de Eusebio. Narra su detención por negarse a dar culto a los dioses, el intento de ejecución ante el pueblo durante unas fiestas, la muerte repentina del verdugo, la espada derretida milagrosamente antes de cortar la cabeza de Eusebio en un segundo intento de ejecución, y por fin la marcha de Juliano hacia Oriente muy enfadado y con Eusebio profetizando su derrota en Persia desde la cárcel. El Romance apostilla que Eusebio sobrevivió a Juliano, pues moriría en 367.⁵ Por tanto, de ser verdad la historia, no habría habido mártir que venerar. El compendio novelesco parece un mero trabajo hagiográfico en honor de Eusebio, pero si pensamos que no hubo un Eusebio obispo de Roma contemporáneo de Juliano, el objetivo del texto va más allá de pretender una loa al supuesto santo: es un trabajo de propaganda cristiana para contrarrestar el miedo que el paganismo de Juliano había creado en los cristianos orientales.⁶

La siguiente parada del Romance es en Constantinopla, siguiendo los pasos del emperador. Allí este, un día que se disponía a asistir a una ceremonia en honor de Afrodita en un templo, recibió un golpe en la cara de un ciudadano llamado Máximo, que se acercó hasta él vestido de soldado. A consecuencia del golpe, a Juliano se le cayó la corona al suelo, y Máximo, aprovechando el momento, le dijo: «de este modo caerás tú también de tu reino, porque has tramado cambiar el culto a Dios por el de la imagen de una

3. HERMANN GOLLANCZ: *Julian the Apostate. Now translated for the first time [...]*, Oxford U. Press, Londres, 1928, p. 10.

4. JESÚS SÁNCHEZ-CORRIENDO JAÉN: «Iolianos y Mercoreos, víctima y justiciero. Un mito nada inocente», *Potestas*, 16, p. 47.

5. HERMANN GOLLANCZ, *Julian the Apostate*, pp. 10-65, En su edición, la historia de Eusebio ocupa 55 páginas repletas de detalles novelescos.

6. JAN WILLEM DRIJVERS: «Religious conflict in the Syriac Julian romance», pp. 5 y 8, en P. BROWN, y R. LIZZI TESTA, (ed.): *Pagans and Christians in the Roman Empire (IVth-VIth Century A.D.) The Breaking of a Dialogue. Proceedings of the International Conference at the Monastery of Bose (October 2008)*, Berlín, 2011.

mujer perdida que mató a sus amigos».⁷ Los guardias del rey le atravesaron con sus lanzas acto seguido, y el pobre Máximo murió mientras una voz procedente del cielo le bendecía. A continuación, como si fuese una respuesta a las palabras desafiantes de Juliano hacia los cristianos, unas nubes negras cubrieron el firmamento y se desató una tormenta de rayos y granizo que mató a muchos habitantes de Constantinopla. La venganza del cielo no alcanzó al emperador y sus soldados como debería, y castigó a ciudadanos indefensos, pero no tan inocentes como parece, pues habían dejado solo a Máximo en su ataque contra el impío. Deducimos que, en este episodio, Constantinopla no tuvo un comportamiento tan antipagano como los cristianos esperaban. Y de Máximo ¿qué podemos pensar? ¿mártir, tiranicida o loco peligroso? Más bien un personaje simple con tintes de héroe antipagano.

En esos tiempos Juliano tenía en la cabeza otra cosa más importante que perseguir cristianos: estaba empeñado en atacar a los sasánidas con la intención de llevar la frontera del imperio hasta Babilonia como mínimo, devolviendo así afrentas pasadas e intentando para los ataques constantes de Sapor en territorio romano (Amm. Marc. XX, 6 y 7). Abandonó pronto Constantinopla en dirección a Siria. Se estableció una temporada en Antioquía mientras preparaba la expedición a Persia. Una vez en marcha con el ejército, se detuvo en varias ciudades, y aquí vuelve el *Romance* a cargar las tintas en los crímenes de Juliano. Según el texto siríaco, el emperador quiso parar en Edesa, pero sus habitantes le negaron hospitalidad porque ellos eran cristianos y no estaban dispuestos a admitir a un pagano. Juliano entonces fue hasta Carrae (Harran), famosa por sus templos. Eso fue sentido como una afrenta, y el autor del *Romance* crea en su entorno una rocambolesca historia que incluye episodios de magia y la intención criminal de destruir Edesa. En el texto, Juliano ordena a Joviano destruir la ciudad por la rebelión de sus habitantes contra el emperador.⁸ Joviano está en ese momento en Nísibis, mientras Juliano está en Carrae, mucho más cerca de Edesa. ¿No habría sido más lógico enviar a sus propias tropas contra Edesa? La orden es doblemente absurda si pensamos que Joviano era cristiano declarado y podía poner objeciones a la destrucción de una ciudad poblada por correligionarios. Joviano convence al emperador de que perdone a los habitantes de Edesa, y lo celebra con Valgash, obispo de Nísibis. Joviano es el héroe frente al demonio Juliano. No debemos olvidar que este relato está contenido en la tercera parte del *Romance*, la que se conoce como *Historia de Joviano* porque en realidad él es el protagonista. Es curioso el papel de los distintos actores y localizaciones de este episodio (Edesa, Joviano, Nísibis, el obispo Valgash) porque, como veremos más adelante, Joviano fue el inmediato responsable de la entrega de Nísibis a los persas, y el causante de la desgracia de sus

7. HERMANN GOLLANZ, *Julian the Apostate*, p. 104.

8. GOLLANZ, *Julian the Apostate*, pp. 150-151.

habitantes, pero el *Romance* trata por todos los medios de exculparle. Drijvers ha analizado la cuestión de Edesa en detalle y sus conclusiones alejan mucho la realidad de la leyenda.⁹ Una de las cartas de Juliano (*Epist.* 115), del año 362, contiene unas órdenes para confiscar a los cristianos de Edesa sus propiedades, parte para los soldados y parte para el tesoro imperial, como castigo a sus disputas sectarias. Juliano indica que tal vez la pobreza les enseñe a comportarse debidamente. Los edesanos estaban muy enfadados con el emperador mucho antes de que este viajase por Oriente, y para congraciarse con él le enviaron mensajes pidiéndole que les visitase. Sin embargo, él lo rechazó¹⁰ decantándose por Carrae. La disputa con los edesanos incluyó la confiscación de bienes, pero nunca la orden de destruir la ciudad. Y es muy probable que descartase Edesa por motivos de conveniencia (el templo de la Luna donde quería hacer sacrificios estaba en Carrae) y de estrategia (quería hacer jornadas largas, como se deduce de la rapidez con la que se movió hacia el este y Edesa estaba demasiado cerca de su etapa anterior).

Para rematar el dislate, el *Romance* añade una desgracia más a este folletín: el saqueo de la iglesia de Carrae. El *demoníaco* puso en manos de los sacerdotes paganos el tesoro y todos los ornamentos de la iglesia, y ordenó quemar los libros sagrados.¹¹ ¡Qué indigno comportamiento con una ciudad que le había acogido bien, si fuese verdad! Podemos pensar, aunque la fuente no lo dice, que Carrae habría pagado el enfado de Juliano por no haber podido destruir Edesa. Nada de todo esto aparece en ninguna fuente fiable. Amiano (XXIII, 3, 1-3) sí habla de la estancia en Carrae, pero por asuntos militares y de estado principalmente: desde allí salían dos caminos hacia Persia, uno por el noreste en dirección a Armenia, y otro hacia Ctesifonte. Juliano envió al general Procopio con parte de las tropas por el primero para unirse al rey armenio, que era un aliado, mientras él, con el grueso del ejército, se dirigía a la capital de Sapor. Según Amiano, que formaba parte de la expedición y, por tanto, vivió los hechos en directo, los sacrificios a la Luna los hizo como una manera de cumplir con las costumbres de la religión local.

Aún le quedaba al autor del *Romance* una ciudad de cuya desgracia culpar a Juliano, Nísibis. Tras la muerte del emperador y la apresurada paz, los romanos hubieron de ceder a los persas varias ciudades, en concreto Nísibis y Singara. El tratado fue asunto de Joviano que, como sucesor y máximo responsable del ejército, no tenía muchas opciones. Fue él quien aceptó entregar ambas ciudades vacías de población (Amm. Marc. XXV, 7,11), él quien se avergüenza cuando rinde Nísibis a Bineses, el enviado de Sapor, y también quien ordena la salida de los habitantes a la fuerza (Amm. Marc. XXV, 9,

9. DRIJVERS, *Religious Conflict in the Syriac Julian romance...*, pp. 17-18.

10. SOZÓMENO, *He.* VI, 1,1; TEODORETO, *HE.* 3, 26,2 y LIBANIO, *Or.* 18, 214 exponen el mismo argumento.

11. GOLLANZ, *Julian the Apostate*, pp. 156.

1-8). El drama que describe Amiano, con los soldados empujando a la población al exilio bajo amenazas, es digno de una tragedia griega. Sin embargo, el *Romance* clama contra Juliano por este hecho y ensalza a Joviano como el gran héroe porque a cambio de Nísibis ha obtenido que no se persiga a los cristianos en Persia, que recuperen sus iglesias y que les dejen libertad de culto durante cien años.¹²

La entrega de Singara y Nísibis a los persas fue un desastre para los romanos, desde cualquier punto de vista, y una jugada perfecta para los persas. Además del exilio al que obligaron a los habitantes, estratégicamente fue una gran pérdida para Constantinopla, porque desplazaba el dominio persa al oeste del Éufrates, y en el caso de Nísibis se cedía el control de un nudo de comunicaciones muy importante. Dejando al margen la cuestión religiosa, la imagen de Joviano debió quedar muy debilitada entre los mandos del ejército, que le reprochaban no haber opuesto más resistencia (Amm. Marc. XXV, 7, 10 ss.). No cabe duda de que el *Romance* intenta lo que podemos llamar un *lavado de imagen* de Joviano, haciendo hincapié en unos supuestos beneficios para los cristianos en Persia, cuestión que podría importar a los obispos en alguna medida, pero poco o nada a los generales, por muy cristianos que pudiesen ser.

LA DOBLE CARA DEL EMPERADOR

Teodoreto, escritor de principios del siglo v, comienza el capítulo xv de su Historia Eclesiástica afirmando que Juliano «pese a mostrarse dulce y moderado, de día en día ponía en marcha hechos desenfundados para combatir la piedad». Luego explica con todo detalle el caso de dos soldados de su guardia, Juventino y Maximino, que se negaron a comer alimentos contaminados por los sacrificios a los dioses que ordenaba el emperador. «Ese príncipe tan sabio y moderado, según dicen sus seguidores, llevaba en ocasiones la máscara de su falsa dulzura», pero mostró su verdadero semblante al encarcelar y torturar hasta la muerte a los dos soldados (*HE*, III, 15). Sin embargo, no hay fuentes contemporáneas que los mencionen, ni siquiera un acérrimo enemigo de Juliano como Gregorio de Nacianzo. Pero es posible que, al menos en esta ocasión, Teodoreto no esté fabulando por su cuenta, porque, aunque es cierto que el martirio de Juventino y Maximino no es recogido ni por Amiano, ni por Gregorio, ni por Libanio, existe una versión del martirio en los escritos de otro padre de la Iglesia, Juan Crisóstomo, quien les dedica nada menos que un panegírico (*Chrys. Pan. Juv.*) (*BHG* 975). La versión

12. GOLLANCZ, *Julian the Apostate*, pp. 234-235, con la petición de las compensaciones a cambio de Nísibis en forma de protección a los cristianos en Persia, puestas en boca de Joviano.

de Juan Crisóstomo, escrita unos años antes (ca. 388) y, por tanto, probablemente la fuente de Teodoreto, es ligeramente más larga y adornada. Los hechos, según Crisóstomo, habrían transcurrido así: los soldados (no dicen que sean guardias personales de Juliano) participan en un banquete donde todos beben vino en exceso; a ellos se les suelta la lengua y reflexionan en voz alta sobre lo mísero que se ha vuelto el mundo que les ha tocado vivir a causa de que los sacrificios paganos impregnan el aire y los alimentos de un olor y un sabor repugnantes. Esas palabras llegan a oídos de Juliano, quien ordena encarcelarlos por traición. Algún tiempo después serán ejecutados en mitad de la noche, ocultando los hechos a los cristianos para que nadie pueda convertirlos en mártires o héroes.¹³ La vehemencia de Juan Crisóstomo, tanto en glosar las virtudes de los dos ajusticiados como en denigrar al emperador pagano, no fue suficiente para que autores cristianos posteriores como Sozómeno o Sócrates Escolástico, que se emplearon a fondo contra Juliano, incluyan a estos mártires en sus páginas. Hasta el siglo VI no encontramos a otro escritor, Juan Malalas, que considere a Juventino y Maximino como víctimas de Juliano (*Chron.*, XIII, 15).

La imagen de Juliano que transmite Teodoreto, suavidad y dulzura en las formas, pero dureza terrible en los hechos, conecta con la presentada por Gregorio de Nacianzo, por lo que podemos pensar que fue su fuente de inspiración. En cualquier caso, Teodoreto da muestras de su falta de equidad a la hora de tratar al emperador en capítulos anteriores de su obra, así que no extraña su inquina.

Sozómeno (siglo V) aporta otros mártires a la cuenta del Apostata sin ni siquiera tener claro que realmente hubiesen muerto por su culpa. Los primeros son Euppsychius, un noble de Cesarea, y Basilio, presbítero de Ancira (*HE*, V, 11). Sobre Euppsychius recaía la acusación de haber colaborado en la destrucción del templo de Fortuna de su ciudad. Juliano estaba muy enfadado con Cesarea y sus habitantes porque el caso del templo de Fortuna se unía al de otros templos destruidos con anterioridad, y esos hechos socavaban su política de recuperación del culto a los dioses paganos. A pesar de ello, Sozómeno no está seguro de que fuese ese el motivo de la muerte de Euppsychius, solo lo supone. Juliano degradó a Cesarea e incluso ordenó que perdiera su nombre y volviese al anterior al dominio romano, Mazaca. Además, como parte del castigo deberían restaurarse en la ciudad los templos paganos y los clérigos habrían de alistarse en el ejército. Pero nunca se llegó a condenar a muerte a nadie por ello, ya que, según indica el mismo Sozómeno, Juliano solo amenazó con la muerte a los cristianos que no cumplieren las órdenes (*HE*, V, 4). La persona de Euppsychius genera dudas, porque en un

13. H. C. TEITLER: *The last Pagan Emperor. Julian the Apostate and the War against Christianity*, Oxford U. P., 2017, pp. 118 y ss. profundiza en el panegírico escrito por Juan Crisóstomo y reflexiona sobre los pormenores de los dos supuestos mártires y las razones de que no sean citados por otras fuentes, en especial los motivos para que Amiano no los mencione a ellos ni a ningún otro mártir.

documento posterior (siglo XI), la *Passio Euppsychii* (BHG 2130), se habla de un mártir de ese nombre, aunque condenado por Adriano un siglo antes.¹⁴

En cuanto al presbítero Basilio, Sozómeno relata que era un gran predicador anti arriano, y que un día, viendo a los paganos hacer sacrificios, rezó en público para que ningún cristiano cometiese tal error. Eso le costó ir a la cárcel y poco después fue condenado a muerte por el gobernador de la provincia. Basilio fue objeto de un relato hagiográfico con posterioridad, la *Passio sancti Basilii presbyteri*¹⁵ probablemente del siglo X, que coloca a Juliano en una disputa con Basilio. Sin embargo, ningún otro historiador, ni pagano ni cristiano, da cuenta del presbítero Basilio ni de su martirio.

El segundo caso que recoge Sozómeno es el de tres hermanos de la ciudad de Gaza, Eusebio, Nestabo y Zenón, linchados por sus conciudadanos con la acusación de haber intentado destruir la religión local (*HE*, V, 9). Sozómeno no culpa directamente al emperador de los hechos, sino que le reprocha no haber castigado a los responsables. Gregorio menciona el suceso, pero sin dar nombres, y también en el contexto de los reproches a la figura de Juliano, para mostrar su doble vara de medir y su hipocresía (Invectivas contra Juliano, *Or*, IV y V). Sozómeno es consciente de que Juliano no participó en esas ejecuciones, ni en las de Gaza ni en las de Cesarea y Ancira, que él cuenta como si fuesen reales, y ni siquiera cree que se hiciesen con el consentimiento del emperador, pero no le importa. Le sirven para probar que su reinado estuvo marcado por la cruz del martirio y por los hechos más innobles. Así lo escribe expresamente en las últimas líneas de *HE*, V, 11.

Con respecto al suceso de Gaza, J. R. Aja se pregunta si en realidad fue más bien una insurrección pagana. Para Aja la descripción de Sozómeno se aleja del relato histórico, por excesiva, tornándose en mera hagiografía. Y hace hincapié en la precariedad de fuerzas de los magistrados urbanos en muchas ciudades del Bajo Imperio, que no podían hacer frente a tumultos o revueltas populares originadas por causas diversas.¹⁶ Sobre los otros mártires de Sozómeno, Euppsychius y Basilio de Ancira, es muy oportuna la reflexión de Teitler al analizar la *Passio sancti Basilii*: habla del efecto de «julianización», esto es, de adjudicar a Juliano cualquier suceso en el que los cristianos apareciesen como perjudicados o víctimas, como razón de ser de muchas de estas pasiones.¹⁷ Desde luego Sozómeno no escribió la *Passio sancti Basilii*, pero reflexionando sobre la manera en que cuenta los sucesos, parece haber tomado el camino de la «julianización» como su más ferviente seguidor.

14. TEITLER, *The last pagan emperor...* p. 93, analiza la información sobre el mártir Euppsychius, nunca coetáneo de Juliano.

15. *Bibliotheca Hagiographica Graeca* (BHG), 242.

16. JOSÉ RAMÓN AJA SÁNCHEZ: «Gaza, Sozómeno y los mártires cristianos de la época del emperador Juliano», *POLIS*, 11, 1999, pp. 21-25.

17. TEITLER, *The Last Pagan Emperor...* p. 76.

Por último, hay un caso en el que coinciden Sozómeno (*HE*, V, 17), Teodoreto (*HE*, III, 17) y Gregorio (*Or*, IV, 84) y los tres usan para mostrar la cara amable, pero perversa de Juliano: el de los soldados expulsados del ejército y desterrados por negarse a hacer sacrificios a los dioses. Sucedió en Antioquía, donde un grupo de soldados, en una taberna, invocaban a Jesucristo al final de una jornada en la que habían participado en ofrendas paganas. La bebida les soltó la lengua, renegaron de lo que habían hecho, y por eso fueron detenidos y condenados a muerte. Sin embargo, cuando iban a ser decapitados, Juliano conmutó la pena capital por el destierro. Su malicia privaba del martirio a unos buenos cristianos una vez más. Teodoreto lo explicita en boca de un supuesto protagonista, un soldado llamado Romano, quien exclama encolerizado al verse libre del verdugo: «Ah, Romano no será digno de ser mártir de Cristo».

PASIONES A MAYOR GLORIA DE DIOS

Una vez trazada la ruta por Sozómeno, Teodoreto y Juan Crisóstomo, en los siglos siguientes muchos hagiógrafos decidieron seguir su ejemplo. Así fueron creándose múltiples *passiones* o relatos de martirios en los que Juliano tenía un papel estelar, el del villano odioso y perverso que siega vidas de santos cristianos inocentes.

Una de las historias más curiosas, por su complejidad y los personajes implicados, es la de Manel, Sabel e Ismael. Dos fuentes distintas, el *Acta Vetera*¹⁸ y el *Martyrium* de San Simeón Metafrastes (siglo x), cuentan la historia de estos tres hermanos que habrían sido martirizados por orden de Juliano. Los tres habrían acudido supuestamente a Constantinopla como embajadores de Sapor II para establecer un tratado de paz con Juliano, pero al identificarse como cristianos, el emperador quiso obligarles a sacrificar a los dioses, en un acto religioso junto a Calcedonia, a lo que se negaron. Entonces Juliano habría ordenado su ejecución. Muraviev ha indagado en este relato y llama la atención sobre dos detalles importantes.¹⁹ El primero es que los hermanos no tienen nombres persas, sino semíticos, y la segunda es que en una de las fuentes (*Acta Vetera*) son embajadores de un rey llamado Βαλτανοξ (no de Sapor II), y en la otra (el *Martyrium*) se les presenta como enviados de un jefe local llamado Ἀλαμουνδαροξ, lo que parece ser la helenización del nombre árabe al Mundar (o al Mundhir), jefe de la tribu árabe de los lakmidas. Pero el primer príncipe lakmida de este nombre vivió en el siglo v, y participó en

18. «Acta Sanctorum Junii III», *Analecta Bollandiana*, 1701, pp. 289 ss. y BHG, 1023-1024.

19. ALEXEI V. MURAVIEV: «Three Martyrs of Chalcedon and the Persian Campaign of the Emperor Julian», *Studia Patristica*. xxix, 1996, pp. 94-100.

otra guerra romano-persa, la de 420-422 entre Teodosio II y Bahram V. Por tanto, o los hechos son falsos o sucedieron mucho después de la muerte de Juliano. Sobre los tres hermanos árabes no se sabe nada más que su supuesto martirio, y atribuirlo a Juliano es tan ficticio como muchas otras atribuciones hagiográficas. Muraviev especula sobre la posibilidad de que los compendios de martirios narren, en esta ocasión, un encuentro entre aliados árabes y Juliano para preparar la campaña contra Sapor II, pero hubo de tener lugar en Antioquía, no en Constantinopla. La especulación le lleva a pensar que esos mismos aliados árabes, descontentos con el trato recibido de Juliano durante la campaña, podrían haber tramado su asesinato, lo que enlaza con el supuesto sarraceno al que algunas fuentes (Libanio, *Or.* xxiv, 6; Sozómoeno, *HE*, 6, 1; Filostorgio, vii, 15(a)) culpan del lanzazo mortal que mató al emperador.²⁰ Pero todo queda en pura especulación.

Rastreando en los textos hagiográficos surgen muchas «culpabilidades» más atribuidas falsamente a Juliano. Por ejemplo, el martirio de los santos Bibiana, Dafrosa, Flaviano, Fausto y Pigenius (o Pimenio), martirizados en Roma por el impío Juliano según una supuesta pasión de un personaje llamado *subdiácono Donato*. La fuente de esta *passio* no está bien documentada, y ni siquiera está claro que sea una fuente de la Antigüedad Tardía. Hay otra *passio* que narra el martirio de los mismos personajes, la *Passio sancti Pimenii*.²¹ A Pimenio se le atribuye ser quien bautizó a Juliano e incluso haber sido quien le educó en el cristianismo cuando era niño. En un encuentro posterior en Roma, el sacerdote, que había perdido la vista, saludó al emperador con un desplante, agradeciendo a Dios haberse quedado ciego y así no poder ver al impío gobernante. Un comportamiento épico y una creación muy literaria. Juliano, agraviado por el desaire, habría ordenado arrojarlo al Tíber. Tan ficticio fue el encuentro como la visita nunca hecha por Juliano a Roma. E igualmente ficticia la reacción de Juliano, pues no se conocen respuestas tuyas tan crueles a una simple conversación. El autor de la pasión de Donato remarca que desde su inicio el imperio del impío Juliano se caracterizó por la persecución de los cristianos, mientras que la *Passio sancti Pimenii* eleva a miles los cristianos que perdieron la vida por las persecuciones de Juliano. Se ahonda en la herida y, si es posible, se magnifica.

También en Roma se sitúa el martirio del senador Apolonio y su hija Apolonia, quienes fueron denunciados por Dina, la madre y esposa, por haberse convertido al cristianismo. Juliano en persona habría ordenado y presenciado ambos martirios (*BHL* 643, 644 y 645). Es sospechosa la insistencia en situar a Juliano en una ciudad donde nunca estuvo, pero más sospechoso aún es que un senador del mismo nombre muriese decapitado en el reinado

20. SÁNCHEZ-CORRIENDO, *Iulianos y Mercoreos, víctima y justiciero...*, p. 31.

21. *Bibliotheca Hagiographica Latina (BHL)* 1322, 1323 (Bibiana); *BHL* 2842 (Dafrosa, Flaviano y Fausto); *BHL* 6849, 6849a (*Passio sancti Pimenii*).

de Cómodo, y una Apolonia fuese martirizada cruelmente en Alejandría en tiempos de Filipo el Árabe.²² Los compiladores de las pasiones debían ser aficionados a tomar prestados personajes y circunstancias sin importarles los anacronismos y las calumnias.

Otro caso similar es el del milagroso Artemio, un mártir enterrado en Constantinopla y que supuestamente realizaba curaciones milagrosas. El personaje es confuso; algunos autores le identifican con Flavio Artemio, dux de Egipto a mitad del siglo IV, y otros con un senador de tiempos de Constantino. Según una de las muchas vidas de mártires, atribuida a un tal Juan de Rodas, también Juliano habría sido el responsable de su martirio en Antioquía en 363 (*BHG*, 170-174). Uno más. El Artemio *dux* de Egipto murió durante el gobierno de Juliano. Amiano (XXII, 11, 2) cuenta que fue condenado a muerte por denuncias de los ciudadanos de Alejandría. No informa de las circunstancias ni de si hubo una causa religiosa contra él, y mucho menos si en la condena intervino el emperador. El otro Artemio, el senador, de haber vivido en el reinado de Juliano, habría tenido ochenta años, y en realidad no hay ninguna información sobre él más allá de la vida del mártir.²³ Senador, dux de Egipto, seguidor de reliquias de santos y milagrero, el personaje de Artemio es más digno de una novela de aventuras que de un martirologio. Como tal novela, la *Passio Artemii* incluye elementos y personajes diferentes para ilustrar la narración. Dos de ellos son los mártires Eugenio y Macario, hermanos condenados al exilio en un oasis de Arabia, y cuarenta días después decapitados allí mismo. Según parece, en el punto donde se les cortó la cabeza surgió un manantial de agua dulce. Esto es de lo que informa, como hecho colateral, la leyenda de Artemio, pero Eugenio y Macario tiene su propia *passio* (*BHG* 2126, *BHL*, 5102), y los hechos difieren sustancialmente. Los dos santos confesores fueron torturados por Juliano, por supuesto, empleando fuego, hierros candentes y serpientes venenosas, pero en vista de que nada surtía el efecto pretendido, la apostasía, el emperador decidió enviarlos al exilio, pero no a Arabia, sino a Mauritania. Allí los dos héroes se rehicieron de sus heridas y se dedicaron a convertir a la población local, a luchar contra un dragón y a hacer milagros antes de morir de muerte natural. Halkin estima que el relato épico se escribió entre los siglos V y VIII.²⁴ Si prestamos atención a sus elementos narrativos, veremos que están muy cercanos a las leyendas altomedievales, donde el héroe se ve en-

22. TEITLER, *The Last Pagan Emperor...*, p. 129-130, señala el paralelismo de la respuesta de Pimenio a Juliano y la que supuestamente le dirigió en 363 el obispo Maris de Calcedonia. Es posible que el autor de la *Passio Pimenii* se inspirase en Maris, un personaje real. También señala la coincidencia de nombres de Apolonio y Apolonia con los mártires de siglos antes.

23. *Ibidem*, cap. 5, reúne todos los aspectos sobre este supuesto mártir.

24. FRANÇOIS HALKIN: «La Passion grecque des saints Eugène et Macaire», *Analecta Bollandiana* 78 (1960), 41-52.

vuelto en luchas contra seres fantásticos y en viajes o destierros por lugares exóticos e inhóspitos.

Las leyendas sobre mártires se enrevesan con tal de justificar los objetivos de sus autores, glorificar la persona del santo y a la vez enlodazar la del culpable de su muerte. No importa si se tergiversa la historia, e incluso la geografía. El mártir Eusignius viajó hacia su martirio en sentido contrario al que lo hizo Juliano, pero aun así fue el emperador quien lo llevó a la muerte; completamente incomprensible. La *Passio Eusignii* (BHG 638-640) cuenta la historia de un anciano veterano del ejército que vivía en Antioquía y fue denunciado por cristiano ante Juliano. Como el emperador no conseguía que renunciase a ser cristiano, le ordenó seguirle en su avance contra los persas. Y aquí llega la contradicción geográfica: se dice que le llevó con él hasta Cesarea desde Antioquía; imposible si se dirigían hacia Persia.²⁵ En cualquier caso, todo vale para explicar que Eusignius fue decapitado en Cesarea ante Juliano, pues el emperador es un protagonista tan necesario como el mártir, y no puede faltar en la tragedia.

Más o menos igual de anciano era Doroteo, obispo de Tiro, cuando fue ejecutado. Había sido enviado al exilio a Odissopolis, en la costa búlgara del Mar Negro, por orden de Juliano, y allí murió a los 107 años. Doroteo tenía una larga tradición de enfrentamiento con los paganos, pues ya había padecido persecución bajo Diocleciano, y su historia, o más bien su leyenda, se basa en un texto del siglo XVI, que a su vez es un compendio de obras bizantinas apócrifas.²⁶ El único dato acerca de Doroteo lo proporciona Eusebio de Cesarea (*HE*, VII, 32), quien dice de él que era eunuco, presbítero de Antioquía y premiado por el emperador con un negocio de tintes en Tiro. Ni obispo ni perseguido, al menos en vida de Eusebio. Si el Doroteo exiliado a Odissopolis y el de Eusebio son el mismo nunca lo sabremos, porque cuando Eusebio murió, Juliano era un niño de ocho años. Con los pocos datos disponibles, Trovato cree que la leyenda del martirio fue una invención al servicio del patriarcado de Constantinopla probablemente para reforzar su posición frente a la iglesia de Roma en los difíciles siglos medievales.²⁷

Para personaje propicio a ser cargado sobre los hombros de Juliano tenemos a San Elophius. Según se cuenta en la *passio* correspondiente (*BHL* 2481), Elophius tenía buena mano para hacer proselitismo y conseguir nuevos fieles de Cristo, lo que irritó a los judíos de la región, quienes le denunciaron al emperador. Este, poco menos que poseído por la cólera, se presentó en el lugar donde predicaba Elophius y trató de convencerle de que renegase de su fe. Al no conseguirlo ordenó que lo decapitasen. Los hechos ocurrieron,

25. TEITLER, *The Last Pagan Emperor...*, pp. 107 y ss.

26. ROGER PEARSE: «Apocryphal and then some: The so-called “Synopsis” of so-called Dorotheus of Tyre», [en línea]. Roger Pearse: Thoughts on Antiquity, Patristics, information access, and more.

27. STEFANO TROVATO: *Antieroe dai molti volti: Giuliano l'Apostata nel Medioevo bizantino*, Udine, 2014, pp. 135 y ss.

teóricamente, en la región de Nancy (Francia) hacia octubre de 362. La historia del santo se escribió en el siglo XI, lo que hace pensar sobre la pervivencia en el tiempo, incluso en Occidente, de la costumbre anti-Juliano que llevaba a atribuirle crímenes falsos, y si eran sanguinolentos mucho mejor. Teitler dedica un capítulo de su obra a Elophius, detallando que el encuentro de ambos personajes fue imposible, entre otras cosas porque Juliano en el otoño de 362 estaba en Antioquía, y porque ninguna fuente de la Antigüedad da constancia de la existencia de Elophius.²⁸ Más allá de estas incongruencias, para nosotros resulta destacable el hecho de la vigencia a través del tiempo de la figura de Juliano como hacedor de mártires y como genuino representante del anticristianismo. En torno a Elophius y su martirio imaginario se organizó en la Edad Media un conglomerado de cultos a todos sus familiares y allegados, también víctimas imaginarias de Juliano. No sabemos a quién servía la creación de la leyenda de San Elophius, pero sí sabemos que, fuese quien fuese su creador, conocía bien la imagen de Juliano como personificación del mal que se remontaba a Gregorio de Nacianzo. Su figura debió convertirse, a través del tiempo, en una especie de comodín al que cargar con todo tipo de injusticias hacia los cristianos. La lista de mártires no termina aquí. Trovato recoge unos cuantos más que nosotros solo vamos a citar a modo de resumen: Ciriaco, Bárbaro, Emiliano, Domezio el persa, Patermutio, Copre, san Timoteo de Prusa. Teitler resume, al final de su trabajo, algunos distintos de los expuestos aquí: Emiliano de Durostorum, Ciriaco de Jerusalén, e incluso san Martín, juzgado en Tours, y el futuro Valentiniano I juzgado en Antioquía y condenado al exilio, todos ellos por la mano de Juliano.

Tal cúmulo de ficciones pone a Juliano al nivel de grandes perseguidores de cristianos, como Nerón, Decio o Diocleciano, con la curiosa circunstancia de que su reinado fue cortésimo, pero la producción de mártires resultó muy extensa, y muy detallada por los hagiógrafos. La figura cuasi satánica de Juliano que Gregorio, Efraim el sirio y otros crearon perduró en el tiempo por causas difíciles de concretar y sirvió perfectamente al propósito de enaltecer los méritos de muchos santos, ficticios o no, y de igualar el paganismo con el mal absoluto. Mirando el conjunto novelesco se observa que se trataba de mostrar a Juliano como anticristiano *per se*, como si toda su vida hubiese estado preparando un ataque al cristianismo sin motivo, solo por maldad. El remate de este planteamiento puede contenerse en el Romance, en cuya tercera parte se argumenta que la razón de la guerra contra los persas fue que Sapor había dejado de perseguir a los cristianos en su reino, y eso Juliano no podía tolerarlo. Se hizo creer que la supuesta inquina anticristiana condicionaba incluso la política exterior y la estrategia militar.²⁹

28. TEITLER, *The Last Pagan Emperor...*, cap. 17.

29. DRIJVERS, *Religious Conflict in the Syriac Julian Romance...*, p. 3.

Es imposible penetrar en las mentes de quienes escribieron tales calumnias sobre Juliano, y por ello no llegaremos a saber la razón de un ataque tan furibundo, pero la inestabilidad en el seno de la propia comunidad cristiana, en conflicto permanente consigo misma a causa de las distintas corrientes, pudo exacerbar las críticas contra quien no había tomado partido por nadie. Monofisitas, nestorianos, calcedonios, novatianos y donatistas estaban en pleno enfrentamiento, y así seguirían, con distinta suerte, años después de Juliano. Muchos obispos de corrientes no apoyadas por Constancio habían sido depuestos y enviados al exilio por este, y con la llegada de Juliano recuperaron su libertad y sus sedes. Fue el caso de algunos donatistas y novatianos.³⁰ De herejes pasaron a detentar el poder en sus comunidades de nuevo. En realidad, Juliano les había beneficiado con su tolerancia, con la misma que encolezaba a Gregorio. Por tanto, no estaban descontentos con él. Puede pensarse que, por ese motivo, Juliano resultase más odioso para quienes disputaban con los considerados herejes el poder dentro de las jerarquías cristianas. Quizá aprovecharon a Juliano como ejemplo para quitar opciones a estas corrientes. Había apoyado a herejes, lo que le convertía en enemigo de los ortodoxos. El Concilio de Constantinopla (381) convocado por Teodosio I condenó todas las herejías anteriores, empezando por el arrianismo, y fijó la ortodoxia. La libertad de culto que había decretado Juliano incluso para las diferentes corrientes cristianas atentaba contra esa ortodoxia. Juliano se convirtió en un recuerdo a borrar. Lugaresi explica que a Gregorio todavía le preocupaba la figura de Juliano, su imagen pagana, en fecha tan alejada de su muerte como 380, en el reinado de Teodosio.³¹ El ejemplo que podía representar la tolerancia de Juliano, pese a su escaso reinado, pudo resultar tan peligroso que hubiese un intento de combatir su imagen de manera expeditiva, llegando al extremo de convertirlo en la personificación del Mal, sin atenuantes.

MAGOS, VÍRGENES Y ADIVINOS

Algunos autores se esforzaron sobremanera por presentar a Juliano como culpable de practicar la magia y de acudir a ella en su beneficio.³² La magia y la adivinación como actividades privadas, al margen del poder, estaban perseguidas y muy castigadas. En el *Romance* se aprovecha la cuestión para

30. MARCOS, "He forced with gentleness", *Emperor Julian's Attitude...*, p. 195.

31. LUGARESI, *Giuliano Imperatore e Gregorio di Nazianzo: contiguità culturale...*, p. 295.

32. SÁNCHEZ-CORRIENDO, *Iolianos y Mercoreos, víctima y justiciero...*, pp. 48 y 49 recoge la gravedad de las acusaciones de practicar la magia, penada en el Codex (*Cod. Theod. IX, 16, 4, 7 y 9*) con pena capital cuando se practicaba fuera del control del Estado, y reflexiona sobre lo absurdo de acusar a Juliano del crimen de magia porque él simplemente había recuperado una práctica habitual en los emperadores.

relatar un hecho novelesco muy llamativo.³³ Durante la estancia de Juliano y su ejército en Carrae, camino de Persia, el emperador supuestamente habría ofrecido a aquellos soldados que fuesen cristianos abandonar la expedición. Veintidós mil de ellos aceptaron el ofrecimiento y se encaminaron a Edesa, ciudad de la que el *Romance* informa que se caracterizaba por su celo cristiano. El emperador, preso de cólera por tan gran número de abandonos y arrepentido de no haber reducido a cenizas Edesa, montó en su caballo dispuesto a desandar el camino y destruir la ciudad que le traicionaba continuamente. Entonces el caballo se negó a moverse del sitio. Cuando Juliano le espoleó con ira, el pobre animal cayó muerto en el acto. El hecho parecía un presagio funesto que aterrorizó a los soldados fieles, y el emperador se volvió hacia sus adivinos pidiéndoles explicaciones. Estaba tan enfurecido que, según el autor del texto, meditó ejecutar a todos sus sabios y adivinos por no ser capaces de predecir el hecho ni de interpretarlo. Uno de ellos, llamado Aplatus, medió ante el emperador hablándole de alguien que podría explicar el suceso: Dinosa, una joven virgen del templo de Atenea, que tenía fama de conocer el signo de las profecías. Llamada la joven ante Juliano y preguntada sobre el destino de la campaña contra los persas, ofreció una respuesta poco convincente. En primer lugar, exhortaba al emperador a no confiar en las profecías, por ser eso indigno de un guerrero, más propio de un gobernante débil y miedoso ante la guerra. Luego auguró que la campaña terminaría con la firma de la paz y la amistad entre los dos pueblos.

El *Romance* muestra, una vez más, las debilidades de Juliano, y las critica por boca de la adivina, quien le califica, con diplomacia, de “cobarde” y “débil” por confiar en las profecías. El personaje de Dinosa sirve al autor del *Romance* para varios objetivos: ridiculizar a Juliano por tener en cuenta los augurios en la guerra; pronosticar la felicidad a ambos lados de la frontera gracias a un tratado de paz que protagonizaría Joviano (como ya sabía el autor); y, por último, y no menos importante, cuestionar la castidad del emperador, que sus amigos habían difundido como una cualidad de su fortaleza de espíritu. Dinosa es presentada como joven, virgen y extremadamente hermosa, y se dice en el texto que cuando Juliano la vio aparecer «tuvo pensamientos hacia ella» como si los testigos de la consulta a la adivina hubiesen tenido acceso al pensamiento y los deseos del emperador. Es evidente que el objetivo del relato es destruir la imagen de emperador ascético que Amiano, Libanio y otros habían descrito. En cuanto al suceso, la mezcla de hechos mágicos (el comportamiento del caballo) y de adivinos al servicio del imperio es curiosa. Los adivinos del séquito (paganos) son denigrados por no saber responder a las demandas de Juliano, y se recurre a una sacerdotisa (también pagana) para interpretar los signos, pero se hace de ella una heroína que desenmascara las vergüenzas del emperador. Dinosa no es cristiana; es famosa por sus habilidades adivinatorias. Aun así,

33. GOLLANCZ., *Julian the Apostate*, pp. 159 y ss.

se la presenta como alguien que denuncia la afición de Juliano por consultar el sentido de los presagios. Un tanto incongruente salvo si se trata de herir al emperador con una dosis de su propia medicina, una adivina que predice el fracaso de quien la consulta precisamente por fiarse de los presagios.

También Teodoreto (*HE*. III, 26-27) aprovecha la costumbre de Juliano de sacrificar a los dioses y consultar a los adivinos para inventar «abominaciones», según su propio lenguaje. Cuando la noticia de la muerte llegó a Carrae, sus habitantes forzaron la puerta de un templo al cual el emperador había prohibido la entrada «una vez cometida su impiedad» en palabras del obispo de Ciro. Allí encontraron el cuerpo de una joven colgada por el pelo, con los brazos extendidos y el vientre abierto. Teodoreto concluye que el crimen execrable se había cometido para consultar, en las entrañas de la joven, el futuro de la campaña de Persia. Un descubrimiento horrendo, desde luego, y semejante al que describe un poco más adelante: varios cofres repletos de cabezas de hombres, esta vez en el palacio de Juliano en Antioquía. No sabemos qué es más espantoso, los descubrimientos o las palabras de Teodoreto, pues el obispo de Ciro adorna su ficción con adjetivos como abominable, execrable e impío. Nada era bastante para culpar a Juliano de los peores crímenes. Había que arrastrar al emperador pagano por los lodos más hediondos a ojos de la sociedad cristiana oriental. No hemos de perder de vista que Teodoreto era seguidor de Nestorio, y como tal fue primero recluido en su obispado de Ciro tras el Concilio de Éfeso, y luego depuesto. En su acometida furibunda contra Juliano, cargada de infundios, algunos autores ven un ataque disimulado a Teodosio II, que fue quien le recluyó en Ciro,³⁴ pero sobre todo se observa una lucha enérgica contra los paganos, que eran numerosos aún en la Siria del siglo v. El emperador que no reconoce a Cristo y a su Iglesia como superiores al poder imperial, que desafía a la Iglesia, está condenado a la derrota. De ahí el grito “Νενικηκας Γαλιλαιε” de un Juliano moribundo y derrotado, que Teodoreto usa como reconocimiento de esa derrota. El mensaje es claro: el último símbolo pagano en el poder, con sus crímenes y abominaciones, ha sido derrotado, y así lo serán sus seguidores. Si buscásemos un ejemplo del maniqueísmo habitual entre las jerarquías y los escritores cristianos de la iglesia primitiva, no lo encontraríamos tan claro y nítido: Juliano es el anticristo. Más bien parece que Teodoreto fuese un seguidor acérrimo de Mani, pero en realidad su postura refleja un modo de pensar muy común en el cristianismo antiguo, muy influido por la dicotomía bien / mal que propagaban algunas religiones orientales.³⁵

34. BENJAMIN J. ROGACZEWSKI: «Killing Julian: the Death of an Emperor and the Religious History of the Later Roman Empire», *Theses and Dissertations, Paper 423*, University of Wisconsin Milwaukee (EEUU), 2014, pp. 123-124.

35. ROSA MARÍA SANZ SERRANO: *El paganismo tardío y Juliano el apostata*, Akal, Historia del Mundo Antiguo, 60, Madrid, 1991, p. 18, trata el profundo sentido maniqueo del cristianismo primitivo.

La lista de actos de magia no tiene la extensión de la de los mártires quizá porque la consulta a los adivinos era difícil de presentar como un crimen si la había ejercido Juliano como emperador. Se le criticó la costumbre, rayana en manía, de hacer sacrificios a los dioses en su papel de *pontifex maximus*, pero eso ni era magia ni era un crimen. Desde la óptica de los obispos, que se veían relegados por los sacerdotes de los cultos antiguos, era criticable, y eso aumentaría su odio hacia Juliano. Algunos, como Gregorio y Teodoreto, calificaron de abominables esas prácticas y trataron de denigrarlas mezclándolas con crímenes inventados, pero el hecho no tuvo mucho eco en escritores de la Iglesia de siglos posteriores.

MARTIRIZADOR DURANTE SIGLOS

Para muchos historiadores posteriores, incluso del siglo xx, la imagen de perseguidor de cristianos fue la que trascendió (Bidez, Bowersock, etc.).³⁶ La información proporcionada por Teodoreto, Sozómoeno y Juan Crisóstomo se dio por buena, y las historias de mártires y santos transmitidas por los martirologios griegos y latinos no fueron cuestionadas en ningún momento, dentro de la tradición de otorgar credibilidad absoluta a las fuentes religiosas cristianas. Pero en realidad los martirios y crímenes no soportan la más mínima crítica; son puras invenciones. En cuanto a la persecución de los cristianos promovida por Juliano, se han dedicado largos estudios científicos a analizar las fuentes que las refieren. Juliano legisló contra los intereses de los obispos con la intención de favorecer la vuelta a los cultos paganos, y a veces tratando de sacar a la luz las contradicciones de los propios cristianos. Fue parte de su política religiosa, sin duda, pero no podemos hablar de *persecución*, y mucho menos organizada. El edicto sobre la libertad de culto menoscabó el poder de los jerarcas cristianos en cuanto que los ponía al mismo nivel que al resto de religiones. Muchos autores se inclinan por hablar más bien de tolerancia y nunca de persecución,³⁷ pues incluso en fuentes como Sozómoeno (*HE*, 5-8) se lee entre líneas una prueba de inocencia, cuando expone que el *comes* Juliano (tío del emperador) persiguió a cristianos a pesar de las instrucciones del gobernante. Con respecto a la reforma de la educación por medio de la cual Juliano apartó a los cristianos de la enseñanza, es evidente que estaba dirigida a limitar la capacidad de adoctrinamiento de los obispos y ha sido considerada por muchos historiadores como un ataque directo a los cristianos, pero esa corriente está en revisión.³⁸ La responsabi-

36. MARCOS, "He forced with gentleness". *Emperor Julian's Attitude...*, p. 196.

37. CARLES BUENACASA PÉREZ: «La persecución del emperador Juliano a debate: los cristianos en la política del último emperador pagano (361-363)», *Cristianesimo nella Storia* 21/3, Bolonia, 2000, pp. 529.

38. SÁNCHEZ-CORRIENDO, *Iulianos y Mercoreos, víctima y justiciero...*, pp. 46, trata sobre la legislación que afectaba a la enseñanza. También BUENACASA PÉREZ, *La persecución del emperador Juliano a*

lidad de Juliano en los actos anticristianos que se produjeron puede ser vista como parte de la propia de un gobernante en los hechos sucedidos durante su gobierno, pero la responsabilidad en los actos inventados es nula. Las fuentes recogen casos de excesos y crímenes cometidos por los paganos contra los cristianos, pero no en mayor medida que entre los propios cristianos, y nunca alentados ni ordenados por el emperador.

La retahíla de mártires y crímenes que se atribuyeron a Juliano forma parte de un estereotipo creado por los escritores cristianos de la iglesia oriental en los siglos V y VI, en el contexto de las disputas religiosas que enfrentaron a los cristianos con ellos mismos,³⁹ y puede considerarse que se utilizó la imagen del propio emperador muerto, supuestamente por castigo divino, para ejemplificar la derrota del enemigo, no solo del paganismo, sino incluso del hereje, o del seguidor de la secta derrotada. Si en 380 el recuerdo de Juliano todavía preocupaba a Gregorio de Nacianzo, convenía aplastar ese recuerdo y de paso aplastar a todo aquel que tuviese la osadía de enfrentarse a la religión establecida, fuese pagano, nestoriano, arriano, donatista o de cualquier credo distinto de la ortodoxia del concilio de Constantinopla primero, y de Éfeso después. Ese aplastamiento se llevó a cabo desde finales del siglo IV hasta el siglo VI, pero luego siguió construyéndose con el paso del tiempo. Buena muestra de hasta dónde llegó la tenemos en la siguiente tabla resumen de atribuciones falsas.

MÁRTIRES ATRIBUIDOS A JULIANO FALSAMENTE

Artemio, martirizado en Constantinopla
 Apolonio, senador de Roma, y su hija Apolonia
 Bárbaro
 Basilio, presbítero de Ancira
 Bibiana, Dafrosa, Flaviano, Fausto y Pigmenius, mártires en Roma
 Ciriaco de Jerusalén
 Copre

debate..., pp. 514-515, expone teorías distintas sobre el tema, inclinándose por considerar la persecución más que dudosa. Por su parte Teitler, *The Last Pagan Emperor...*, p. 140, afirma que no hay evidencia de persecución ordenada por Juliano en ninguna fuente fiable.

39. Hay un precedente a la hora de culpar a un emperador de perseguir a los cristianos, Diocleciano. Él, junto con Maximiano y Galerio, han pasado a la historia como los mayores perseguidores de cristianos. El escritor Lactancio es probablemente la fuente más extensa en este sentido. Sin embargo, las persecuciones con hechos de sangre de la Tetrarquía estuvieron fundamentadas en edictos imperiales, y aunque Diocleciano fuese objetivo de la inquina de los historiadores de la iglesia, no se creó una imagen tan tergiversada ni tan cargada de mitos como se hizo posteriormente con Juliano.

MÁRTIRES ATRIBUIDOS A JULIANO FALSAMENTE

Domezio el Persa
Doroteo, obispo de Tiro
Elophius, decapitado en Nancy
Emiliano de Durostorum
Euppsychius, noble de Cesarea
Eusebio y Macario, hermanos exiliados a un oasis y decapitados allí
Eusebio, Nestabo y Zenón, hermanos de Gaza
Eusebio, obispo de Roma
Eusignius, decapitado en Cesarea
Juventino y Maximino, soldados de la guardia imperial
Manel, Sabel e Ismael, hermanos, parte de una embajada árabe
Máximo de Constantinopla
Patermutio
Romano, soldado privado del martirio junto con otros soldados en Antioquía
Timoteo de Prusa

CRÍMENES VARIOS

Cofres con cabezas de decapitados en Antioquía
Deseos oscuros hacia Dinosa
Entrega de Nisibis a los persas
Magia
Mujer sacrificada en Carrae
Orden de destruir Edessa
Saqueo de la iglesia de Carrae

À MODO DE CONCLUSIÓN

Trovato llama a Juliano “antihéroe de muchas caras”, pero quizá a ese antihéroe solo se le puso una cara concreta, la del mal, un anticristo que iba mucho más allá del apelativo «apóstata» con el que ha pasado a la posteridad y que resulta suave pensando en los crímenes que se le atribuyeron. La actitud de tolerancia de Juliano con las distintas corrientes cristianas, siempre que no mermasen la presencia de los cultos tradicionales, y sobre todo con el resto de religiones, no resultaba propicia a los intereses de los jerarcas de la ortodoxia cristiana. En el oleaje que provocaban los conflictos entre el

credo niceno y arrianos, apolinarios, nestorianos y demás aparentes herejías, la posición de muchos obispos se mantenía con la firmeza de las homilías, con la ortodoxia de los escritos y con la aproximación al poder imperial. Para afirmar la propia postura se utilizó el ataque a un enemigo relevante como metáfora de la derrota que Dios inflingiría a los rivales, a quienes pudiesen en cuestión la teología emanada de los concilios. Y ¿quién encarnaba mejor a ese enemigo que el emperador impío muerto por la justicia divina? Atribuirle todo tipo de crímenes, reales o no, con falsedades o con fantasía, como hemos visto, sirvió de catalizador del Mal, como propaganda del poder de la Iglesia y como manera de acabar con el recuerdo de un emperador que había tratado de dar aliento a una época y a unos dioses que habían perdido su ascendencia sobre los mortales y con ello su razón de ser.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES ANTIGUAS (EDICIONES UTILIZADAS)

Acta Sanctorum

Analecta Bollandiana, 1701. Edición digital disponible en: http://www.documentacatholicaomnia.eu/07_25_1643-1925-_Societe_des_Bollandistes.html (consultado en junio de 2021).

Acta Martyrum

Acta Martyrum Selecta Ausgewählte Märtyreracten, und andere Urkunden aus der Verfolgungszeit, editado por Oscar von Gebhardt, Berlín, 1902, pp. 166-181. Ed. digital disponible en <https://archive.org/details/acta-martyrumssel00gebhgoog/page/n6> (junio de 2021).

Ammiano Marcelino

HARTO TRUJILLO, M.^a LUISA: *Amiano Marcelino, Historia*, Akal, Madrid, 2002.

Bibliotheca Hagiographica Latina (BHL)

Bibliotheca hagiographica latina antiquae et mediae aetatis, Société des Bollandistes, Subsidia Hagiographica 6 (Bruselas: Société des Bollandistes, 1898-1901). Edición digital en: <https://archive.org/details/bibliothecahagio01boll/page/n7/mode/2up> (consultado en junio de 2021).

Bibliotheca Hagiographica Graeca (BHG)

Bibliotheca Hagiographica Graeca, 2ª ed., Société des Bollandistes, Subsidia Hagiographica 8 (Bruxelles: Société des Bollandistes, 1909). Edición digital en: <https://archive.org/details/bibliothecahagi00boll/page/n5/mode/2up> (consultado en junio de 2021).

Gregorio de Nacianzo

Contra Juliano, Or. V., LUGARESI, LEONARDO: *La Morte di Giuliano l'Apostata: orazione V*, Firenze, 1997.

KING, C. W.: *Julian the Emperor: Gregory Nazianzen's Two Invectives and Libanius' Monody with Julian's Extant Theosophical Works*, Bohn's Classical Library, Londres, 1888; ed. digital en: http://www.tertullian.org/fathers/gregory_nazianzen_3_oration5.htm (consultado junio 2021).

Libanio

Discursos, ed. VVAA, Biblioteca Clásica Gredos, 3 vols. Madrid 2001.

Romance de Juliano

GOLLANCZ, HERMANN: *Julian the Apostate. Now Translated for the First Time from the Syriac Original [...]*, Oxford U. Press, Londres, 1928, Edición digital cortesía de gallica.bnf.fr / Bibliotheque Nationale de France (consultado en junio de 2021).

Sozómeno

The Ecclesiastical History of Sozomen, comprising a history of the church, from a. d. 323 to a. d. 425, edición en inglés a cargo de HARTRANFT, C. D., en P. SCHAFF, y H. WACE (ed.): *Nicene and Post-Nicene Fathers, Socrates & Sozomenus Ecclesiastical Histories*, second series, vol. 2, Christian Classics Ethereal Library, EEUU, 1956. Edición digital en <http://www.ccel.org/ccel/schaff/npnf202.iii.i.html> (consultado en junio de 2021).

Teodoreto

COUSIN, L.: *Histoire de l'Église. Écrite par Théodoret*, París, 1686. Edición digital bilingüe griego-francés disponible en el sitio de Philippe Remacle ([remacle.org](http://remacle.org/blood-wolf/eglise/theodoret/eglise1.htm)) (consultado en junio de 2021) <http://remacle.org/blood-wolf/eglise/theodoret/eglise1.htm>.

PUBLICACIONES REFERIDAS EN LAS NOTAS

- AJA SÁNCHEZ, JOSÉ RAMÓN: «Gaza, Sozómoeno y los mártires cristianos de la época del emperador Juliano», *POLIS*, 11, 1999, pp. 7-34.
- BUENACASA PÉREZ, CARLES: «La persecución del emperador Juliano a debate: los cristianos en la política del último emperador pagano (361-363)», *Cristianesimo nella Storia* 21/3, Bolonia, 2000, pp. 509-529.
- DRIJVERS, JAN WILLEM: «Religious conflict in the Syriac Julian romance», pp. 5 y 8, en P. BROWN, y R. LIZZI TESTA (ed.): *Pagans and Christians in the Roman Empire (IVth-VIth Century A. D.) The Breaking of a Dialogue. Proceedings of the International Conference at the Monastery of Bose (October 2008)*, Berlín, 2011.
- HALKIN, FRANÇOIS: «La Passion grecque des saints Eugène et Macaire», *Analecta Bollandiana* 78 (1960), 41-52.
- LUGARESI, LEONARDO: «Giuliano Imperatore e Gregorio di Nazianzo: contiguità culturale e contraposizione ideologica nel confronto tra ellenismo e cristianesimo», *Giuliano Imperatore, le sue idee, i suoi amici, i suoi avversari*, Atti del convegno internazionale di studi: Lecce 10-12 dicembre 1998, "Rudiae. Ricerche sul mondo classico", 10 (1998), pp. 293-334.
- MARCOS, MAR: «"He forced with gentleness" Emperor Julian's attitude to religious coercion», *Antiquité Tardive*, 17, 2009, pp. 191-204.
- MURAVIEV, ALEXEI, V.: «Three Martyrs of Chalcedon and the Persian Campaign of the Emperor Julian», *Studia Patristica*. xxix, 1996, pp. 94-100.
- PEARSE, ROGER: «Apocryphal and then some: The so-called "Synopsis" of so-called Dorotheus of Tyre» [en línea]. *Roger Pearse: Thoughts on Antiquity, Patristics, Information Access and More*. (consultado en mayo de 2021). Disponible en:
<https://www.roger-pearse.com/weblog/2017/05/08/apocryphal-and-then-some-the-so-called-synopsis-of-so-called-dorotheus-of-tyre/>.
- ROGACZEWSKI, BENJAMIN, J.: «Killing Julian: the Death of an Emperor and the Religious History of the Later Roman Empire», *Theses and Dissertations*, Paper 423, University of Wisconsin Milwaukee, 2014.
- SÁNCHEZ-CORRIENDO JAÉN, JESÚS: «Iolianos y Mercoreos, víctima y justiciero. Un mito nada inocente», *Potestas*, 16, 2020, pp. 27-57.
- SANZ SERRANO, ROSA MARÍA: *El paganismo tardío y Juliano el apóstata*, Akal, Historia del Mundo Antiguo, 60, Madrid, 1991.
- TEITLER, H. C.: *The Last Pagan Emperor. Julian the Apostate and the War against Christianity*, Oxford U. P., 2017.
- TROVATO, STEFANO: *Antieroe dai molti volti: Giuliano l'Apostata nel Medioevo bizantino*, Udine, Forum, 2014.